

Li Fu-Jen

La caída de Shangháí demuestra la urgente necesidad de acción de masas para detener al Japón

Extraído de **Socialist Appeal**, Vol. 1 No. 16, 27 noviembre 1937, pág. 5.

Traducido por Andrés Rucci.

(Noviembre 1937)

Han pasado casi cinco meses desde que el imperialismo japonés se embarcó en la fase actual de su campaña militar para subyugar a China y convertirla en una colonia de Japón. Ensamblando una poderosa maquinaria de guerra, Japón ha impulsado implacablemente para establecer su control sobre las provincias del norte de China y el área vital del Yangtzé. Las masas oprimidas de China han recibido innumerables lecciones nuevas de terrorismo imperialista. La muerte y la devastación en una escala terrible han acompañado a la campaña japonesa para imbuir a las víctimas con las intenciones "amistosas" de Japón.

En el camino de los invasores japoneses, el gobierno del Kuomintang de Chiang Kai-shek ha esparcido soldados por cientos de miles. En los frentes del norte de China, estas tropas han demostrado ser totalmente incapaces de contener el avance japonés. Los soldados provinciales, mal entrenados y mal armados, no fueron rival para la máquina de guerra mecanizada de Japón. Después de un encuentro breve y sangriento, generalmente huyeron en desorden ante las huestes del imperialismo japonés que avanzaban. Hoy los ejércitos japoneses están en posesión de toda la provincia de Hopei, todos los Chahar, la mayor parte de Sui-yuan, una gran parte de Shansi y una parte de Shantung. La conquista militar de esta última provincia se ha visto demorada por la esperanza japonesa de que puedan comprar al gobernador provincial, el general Han Fu-chu, y así evitar una costosa campaña militar.

Shangháí, también, cae

En Shangháí, la resistencia china a los invasores ha sido mucho más real. Durante aproximadamente tres meses, las fuerzas chinas, en su mayoría procedentes de los propios ejércitos de Chiang Kai-shek, mantuvieron a raya a los invasores y les impidieron ganar un fuerte apoyo en la península de Shangháí. Formados por especialistas militares alemanes, mejor armados que las fuerzas provinciales, lucharon con

un heroísmo inigualable y un gran sacrificio para defender sus líneas de defensa. Pero también en Shanghái, la superioridad técnica de las fuerzas japonesas, ricas en armamento tan elocuente como aviones, tanques, vehículos blindados, artillería pesada -por no hablar de los buques de guerra que pudieron, sin impedimentos, volar a las líneas chinas desde el Rio Whangpoo- finalmente tuvo que prevalecer.

Desde Shanghái, el 8 de noviembre, los chinos comenzaron una retirada muchas millas al oeste de la ciudad a posiciones de defensa frescas y supuestamente más fuertes designadas por Chiang Kai-shek como la "línea Hindenburg" de China. Los últimos comunicados de prensa indican, sin embargo, que la línea se ha roto a través de en varios puntos vitales. La ciudad de Soochow, punto clave de la línea, aparentemente fue entregada a los japoneses sin disparar un solo tiro en su defensa. Está claro que la retirada de Shanghai corre el peligro de convertirse en una derrota. Las fuerzas japonesas están avanzando en varios frentes circundantes hacia Nanking, la capital, desde la cual el gobierno del Kuomintang ha huido precipitadamente a puntos remotos del río Yangtzé.

Varias conclusiones importantes se pueden extraer de estos desarrollos. Se ha demostrado una vez más que un país atrasado, con una industria débil, pobre en armamento pesado moderno, no puede prevalecer durante mucho tiempo en una guerra puramente defensiva militar contra un adversario más poderoso. Los revolucionarios siempre han sostenido, y las experiencias de la Revolución rusa demostraron, que el lado más débil puede subsanar las deficiencias técnicas de su defensa solo mediante el desarrollo de una campaña política multifacética, teniendo como objetivo inmediato la disrupción de las fuerzas enemigas . Los bolcheviques, oponiéndose a las fuerzas intervencionistas, no de una sola potencia imperialista, sino de todas las principales potencias imperialistas, probablemente no estaban mejor equipados con armamento que China en la actualidad. Pero los bolcheviques sabían cómo apelar a los sentimientos de clase de los soldados en los ejércitos de sus oponentes. La propaganda revolucionaria debilitó tanto a las fuerzas intervencionistas que ya no se podía confiar en ellas para luchar y tuvieron que ser retiradas. Un país atrasado y mal armado debe enfrentar a un enemigo bien armado con la superioridad de su causa, una causa que debe servir de base para unir a toda la nación en defensa, una causa que, en razón de su esencial corrección y progresividad, sostendrá la moral nacional, inspirará a las masas a ese autosacrificio, solidaridad e iniciativa ilimitada que, como la historia ha demostrado una y otra vez, son capaces y provocarán acciones de solidaridad internacional en el país enemigo.

Cabezas para la derrota

Sin embargo, cinco meses del conflicto del Lejano Oriente han demostrado que el gobierno del Kuomintang es totalmente incapaz de conducir la guerra de esta manera. Está derrotando la causa de China. Los revolucionarios no pueden sorprenderse de la inhabilidad de Chiang Kai-shek de apelar a los sentimientos revolucionarios de los soldados japoneses oprimidos, la gran mayoría de los cuales provienen de los estratos más pobres del campesinado de Japón, como tampoco les sorprendió la incapacidad de la burguesía española. el gobierno burgués del gobierno apenas puede emitir llamamientos revolucionarios.

Tampoco hay nada extraordinario en el hecho de que el régimen del Kuomintang, a través de cinco meses de guerra contra un enemigo poderoso, ha mantenido inmobilizadas a las masas chinas y ha reprimido cualquier sugerencia de que la población esté armada e involucrada en guerrillas en todo el país contra los invasores japoneses. La burguesía china y su gobierno temen más a las masas armadas que a los imperialistas japoneses.

Con la derrota acumulada en la derrota, no es de extrañar que la moral de la población se esté marchitando. A pesar de la irresponsable charla del **Daily Worker** sobre la unión de China con los invasores, ya hay evidencias de que la lucha comienza a ser considerada como perdida y que la falta de una perspectiva optimista está engendrando oposición a más sacrificios. Aprendimos, por ejemplo, que los batallones chinos "Atrévete a morir" que lucharon contra la retaguardia en Nantao para cubrir la retirada del ejército chino de Shanghái fueron recibidos por manifestantes chinos hostiles a las puertas de la Concesión francesa cuando voltearon sus brazos y abandonaron su lucha de dos días. Los manifestantes, residentes de Nantao, vieron cómo sus casas y posesiones se convertían en humo y astillas mientras los aviones japoneses bombardeaban las posiciones tomadas por los hombres de "Atrévete a morir". "Si te hubieras retirado con los demás", se les escuchó decir: "este desastre se nos habría salvado".

Traición y corrupción

Al comienzo de las hostilidades en Shanghái, cuando tal movimiento aún era posible, Chiang no bloqueó el río Whangpoo en su desembocadura. Tal acto habría embotellado a las unidades navales japonesas que ya se encontraban en Shanghái e impidió que más buques llegaran a la ciudad. Pero también habría interferido con el envío de poderes "amistosos" y habría protestas de Londres, Washington y otras capitales. Y dado que el gobierno del Kuomintang decidió depositar sus principales esperanzas en la intervención de los rivales de Japón, el río quedó abierto a la libre circulación de la armada japonesa.

La verdad debe ser contada

Hay quienes dirán que estamos pintando la situación en colores demasiado oscuros. Los revolucionarios, sin embargo, nunca deben temer enfrentar verdades desagradables. Una vez más, se debe decir que la independencia nacional de China solo puede obtenerse arrancando la lucha de las manos del Kuomintang y los estalinistas, que solo pueden organizar derrotas. La lucha contra el imperialismo debe combinarse con la lucha emancipadora de las masas explotadas de China: contra la burguesía, contra los terratenientes, contra el Kuomintang, contra los estalinistas. Mientras participan y apoyan la presente lucha militar contra Japón, los revolucionarios expondrán incansablemente todos los actos de traición. De esta forma ganarán la confianza de las masas, construirán un partido revolucionario y llevarán a las masas a la conquista del poder. Solo un gobierno revolucionario del proletariado chino, liderando detrás de él los millones de explotados y oprimidos en la ciudad y el país, podrá llevar a cabo una guerra hasta el final contra el imperialismo.